



DANIEL MANSUY

La hora decisiva de Kast

Todo inicio de gobierno tiene algo de artificial. Cada uno de sus gestos concentra deman-
diada atención y es rescatado en todos sus
detalles. La actuación es espectacular.
condición más importante a una agenda de
cambiamiento, pero lo bueno y lo malo y lo
hecho, en pocas palabras, fueron tratados
por varias sensaciones. En un primer momen-
to, la nueva administración copó la agenda y
pasó a la oposición, pero, pocos días des-
pués, como si nada, volvió que sus objetivos
era hacer un gobierno. En el otro punto,
todo esto es normal, aunque no debería con-
ducirse a sacar conclusiones apresuradas en
ningún sentido. Mientras no baje la espuma,
es preferible determinar con precisión de qué
se trata este gobierno.
Si lo señalado es plausible, el Ejecutivo se
juego fuerte desde de su destino en las deci-
siones que tome en los días venideros, porque
ellas definirán lo que queda en la superficie
una vez que baje la espuma. El desafío, sobre
decir, es colosal y consiste en salir definiti-
vamente de la campaña para realizar una
administración efectiva. La idea no es negar
las promesas realizadas durante el debate pre-
sidencial, sino poseer la capacidad de convertir
en acciones alineadas con la propuesta. Esto
puede ser clave: José Antonio Kast fue alinto
con amplia mayoría, precisamente, porque
saber tocar las fibras emocionales, seguridad,
economía y religación. Esas siguen siendo las
prioridades de los chilenos, y el Gobierno no
debe olvidarlas. En ese sentido, deben com-
prenderse varias decisiones que responden a
la demanda de orden. Kast es un compe-
tente que, si abandona ese rol, toda su narra-
tiva podría desmoronarse (y no lo debe hacer).
Con todo, una cosa es entorpecer el orden

como consigna de campaña y otra muy distin-
ta es llevarlo a la práctica. Y aquí nos encon-
tramos con una paradoja: si el Gobierno quie-
re emplear un lenguaje exigente, el primer
imperativo es ser exigente consigo mismo.
Dicho de otro modo, solo puede ofrecer orden
quien lo posee. Si acaso se cierto que el país
vive una emergencia, entonces la administra-
ción no se puede dar al lujo de cometer erro-
res, planificar mal o improvisar. Si se quiere,
aquí reside el nuevo contrato por el que
otro que él, es que el país tiene un futuro
impeable. Por lo mismo, resulta imperioso
que el Ejecutivo ajuste las piezas que no están
operando bien.
Las dificultades se mueven en tres planos.
La primera —quizás la más severa— es es-
tructuracional. Y no se trata solo de la vejeza,
sino que hoy un problema más estructural en
su conjunto, el gobierno comunica poco (con la
excepción de Juan Pablo) y, como la agenda
no pasa solamente por multiplicar las iniciati-
vas, sino también explicarlas y proteger los
financios asociados, un ejemplo puede servir para
ilustrar el argumento: es irrogable que el
ministro de Hacienda no está llamado a que-
rrelarse sus simpatías, pero ese dato supone
que habrá otros ministros (de Seguros, Eco-
nomía, además de otros sectoriales) que sí

hacen ese trabajo y muestran un rostro dis-
tinto. Sin embargo, no se ha visto mucho en
esa dimensión, como si las medidas sobre los
contables —con datos como necesarios—
no deberían acompañarse de una comunica-
ción mucho más cuidada.
En un tercer condición el segundo plano, que es
más directamente político: los partidos. El
gobierno cuenta con muy pocos aliados, lo
que obliga a tener una relación especialmente
dura con ellos. De lo contrario, los sectores
de las comunidades, en un punto de tanta
distancia, con todas las complicaciones invo-
lucradas, resulta fundamental entonces for-
talecer la conducción política: la idea de hacer
un gobierno atípico de los partidos es, una
idea que resulta difícil de implementar.
Por último, al menos en las áreas más sensi-
bles, el Gobierno no tiene espacio para comen-
tar más acciones. El caso de la ministra Steinert
es muy revelador: la urgencia del problema
de la campaña —y principal preocupación
de los chilenos— lleva semanas vueltas en
una polémica acalorada, que le impide desplazar
su agenda. La mera descripción del asunto
regula al carácter abarcar de la situación.
Frente a esto resulta crucial más urgente si
recordamos que la oposición carece de extra-
teja y de líderes reconocidos como tales.

Este contexto durará varios meses, pero no
será eterno. Por lo mismo, lo que luego el
Gobierno durante este año será decisivo, y
definirá sus posibilidades para lo que viene. Si
logra imponer su agenda, avanza en sus
prioridades y conserva la cohesión con la
ciudadanía, tendrá un futuro favorable. Con
todo, lograr esos objetivos supone ordenar
mucho mejor los propios pasos, con un dato
importante en mente: aquello que funcionó en
la campaña no funcionará necesariamente en
la gestión. La comunicación política en esta
siva debe combinarse con mucha flexibilidad
táctica, al mejor estilo de Jaime Guzmán.
En cualquier caso, nada de esto tiene que
ver solo con el Gobierno, ni con el sector que
representa. Después de todo, si algo definen
los chilenos en las áreas más que quieren res-
puestas para sus urgencias. Si la administra-
ción enfrenta esas expectativas, las sucesivas
crisis que conduzcan a Kast al poder seguirán
actuando, una y otra vez, y el país se
verá naturalmente tentado por explorar al-
ternativas muy poco ortodoxas. Como puede
verse, pasa sobre el mandatario una enorme
responsabilidad histórica: la de dar al país
una conducción que permita enfrentar esas
crisis. Cuando baje la espuma, podremos ver
cuán cerca —o lejos— está de lograrlo. ■

Nos encontramos con una paradoja: si el Gobierno quiere emplear un
lenguaje exigente, el primer imperativo es ser exigente consigo mismo.
Dicho de otro modo, solo puede ofrecer orden quien lo posee.